

DEBUSSY Y RAVEL

POR una rara coincidencia la cronología musical histórica tendrá que asociar, no sólo en lo que al estilo se refiere, sino también en el transcurso de la vida el nombre de los representantes más esclarecidos de la música francesa contemporánea: Debussy muerto en marzo de 1918 y Ravel desaparecido a fines del año último, es decir, corriendo veinte años más tarde la temporada musical europea de 1938. Así han venido a juntarse las festividades conmemorativas del recuerdo de Claude Debussy con las manifestaciones de pesar que el mundo de la música ha tributado al genial compositor de «Daphnis et Chloe».

Este paralelismo, que el destino reservó a dos artistas a menudo confundidos por los profanos, que estiman en Ravel un simple continuador y hasta un epígono de Debussy, nos hace reflexionar una vez más sobre la carrera de dos genios enfocables hoy en la trayectoria total de sus estilos y ante la serie completa de las obras que nos dejaron.

Alguien ha dicho, a propósito del festival brillante que nuestra Orquesta Sinfónica tributó como homenaje a la memoria de Maurice Ravel, que las obras de este compositor no eran del peso suficiente para constituir un programa completo, y que esta especie, podríamos decir de golosina musical, carecía de substancia para prestigiar con éxito una temporada de conciertos. El público, sin embargo, no participó de este punto de vista manifiestamente incomprensivo y limitado y pudimos así presenciar, con ocasión de los homenajes a Ravel, una de las más bellas y más espontáneas manifestaciones de entusiasmo colectivo. Ravel ha pasado ya el es-

collo de ser un «músico difícil», de marcar un nombre peligroso para las buenas costumbres artísticas; puede decirse que no sólo el divulgadísimo Bolero, sino obras tan finas como el «Tombeau de Couperin», están dentro del acervo común que nuestros aficionados a la música admiten como cosa establecida. Puede decirse, que tanto Ravel como Debussy viven incorporados a la riqueza musical que Francia entregó al mundo con una generosidad maravillosa en los últimos cuarenta años. Si los nombres de autores franceses aparecían no hace mucho tiempo con cierto carácter de añadido al fondo solemne de las sinfonías, de los conciertos instrumentales y de los trabajados poemas sinfónicos de filiación wagneriana, hoy nos parecen inamovibles cimientos de algo que solamente con mucha ceguera puede dejar de verse: constituyen seguramente el tesoro más hermoso que la música latina haya producido desde que las orquestas sinfónicas se inventaron.

Si Debussy y Ravel están ya definitivamente entre los inmortales no es en virtud de una continuidad que para el segundo pueda significar un menor aprecio; representan ellos dos visiones bien diferentes del pensamiento francés, sintetizado dentro de una estética sonora semejante en la orientación, preferentemente subjetivista en uno y objetivista en otro.

Debussy miró el mundo musical desde la torre incomparable que se forjó desde sus años de juventud, desde los tiempos de Conservatorio, en que solía desesperar a los agentes de aduana musicales que venían a preguntarle, como él decía, el pasaporte de los acordes. El futuro creador de «Pelléas et

Melisande» los invitaba a oír y después a clasificar el origen y la causa de por qué estas «quintas prohibidas», estas séptimas invertidas sonaban bien y sus cascadas de acordes insólitos eran como una profecía del lenguaje que exploraba para el arte francés. Claude Debussy encarna el hombre eminentemente personal que saca todo de sí mismo, que se aísla con cierto desdén un tanto altanero del mundo corriente, que ve las cosas de otro modo y crea para su música formas y lenguaje brotados por entero de su propia sensibilidad, arraigada en un subconsciente profundo, en una especie de visión intuitiva apasionada. Debussy miró su alma y aun cuando de ella tuvo la reserva y el pudor de un hombre que aborrecía los raptos románticos, nos reveló su pasión, sus arrebatos de lirismo contenido.

El caso de Ravel es, en cambio, el de un hombre maravillosamente dotado para percibir lo sonoro, con la tranquilidad de un orfebre que cincela con cuidado la obra, sin dejar en ella más reflejos de su personalidad que lo indispensable para que podamos, sin discusión reconocer el lenguaje del hombre apenas ha escrito cuatro notas. Este objetivismo de Ravel, que en ningún modo significa frialdad, ni cálculo, lo lleva a presentarse frente a Debussy como un clásico que puede construir obras del temple del «Concierto para piano y orquesta», de una organización tan acabada como pocas obras tenemos en la música actual. Por eso parece hoy día perfectamente natural que una audición sinfónica entera esté tan correctamente puesta en manos de Ravel, que puede presentarnos obras perfectas en todo género, que puede jugar con los estilos, como lo ha evidenciado saltando del Bolero y Tziganne a las «Chansons Madécasses» y a la «Pavanne», tra-

yéndonos a la vista sucesivamente Andalucía, las márgenes del Danubio, las costas de Madagascar o las praderas de la isla de Francia.

Tanto Debussy como Ravel se colocan hoy día ante nuestra vista como lo más esencial que la producción francesa presenta en su afán de orientar el oído musical hacia un tipo de música actual. Al lado de estos compositores no han traspasado la frontera con el mismo éxito otros valores, muy respetables sin duda (como los representantes de la tendencia franckista) contemporáneos de ellos y que salvo el caso de Albert Roussel, cuya obra será un día popularizada, han quedado en el carácter de compositores un tanto locales. Para el extranjero la vena musical francesa salta directamente a Honegger y Milhaud.

Dentro de la vida musical chilena el festival Ravel, que nos ha sugerido estas líneas, merece ser destacado como un hecho característico, indicador que la labor de divulgación realizada en estos últimos diez años ha logrado su efecto y ello es interesante, porque el público no sólo se aproxima hacia los grandes maestros franceses, sino al mismo tiempo hacia sus propios músicos chilenos, que han vivido, como era natural en el ambiente contemporáneo y cuyas obras eran evidentemente disonantes frente a una cultura que seguía creyendo que las sinfonías de Beethoven eran todavía obras modernas. En esta temporada de conciertos, el público que acogió la «Alborada del gracioso» premio con aplausos que marcan una estimación creciente, el poema «La voz de las calles», de Humberto Allende y las obras de Leng y Bisquertt ejecutadas en los conciertos primeros de la serie. Así, pues, a medida que la música de los maestros franceses va produ-

ciendo un ensanche del criterio musical de nuestros auditores, los acerca a los creadores chilenos que, sin que podamos considerarlos, como muchos creen, simples reflejos de los dos maestros desaparecidos, se nutren con el lenguaje de hoy, en gran parte de filiación impresionista.

No podemos dejar de recordar que hace veinte años, cuando Debussy fué llevado a su tumba en medio del bombardeo de la guerra, las obras de este músico eran entre nosotros la última palabra de lo estrambótico y diríamos de lo absurdo. Será pintoresco recoger un día las opiniones de la crítica a propósito de un concierto que los hermanos Eduardo y Alberto García Guerrero hicieron en el entonces Teatro Unión Central, dedicado a las obras de piano del compositor. Pocas veces hemos presenciado algo más incomprensible hoy que la indignación de algunas personas, señoras de gran consideración y caballeros sosegados, ante obras como la «Cathédrale engloutie», «Bryèrès» o «Feu d'artifice». La escasa concurrencia permaneció en una frialdad hostil que provocó no pocas explosiones de indignación de los iniciados de aquel entonces. Algún tiempo después Juan Casanova hacía oír el «Prélude a l'après midi d'un faune» en un concierto en el Teatro Municipal con igual sorpresa y espanto del público que no pudo ver en esta obra dotada hoy día de esta «gloire bucale» de ser silbada que Debussy considera tan censurable para las composiciones. Los músicos chilenos en aquellos años eran también tratados de químicos musicales, de imitadores incoherentes. Recordamos un profesor que muy seriamente sostenía que las «Tonadas», de Allende eran idénticas leídas al revés o al derecho...

La entrada de Ravel en nuestras festivi-

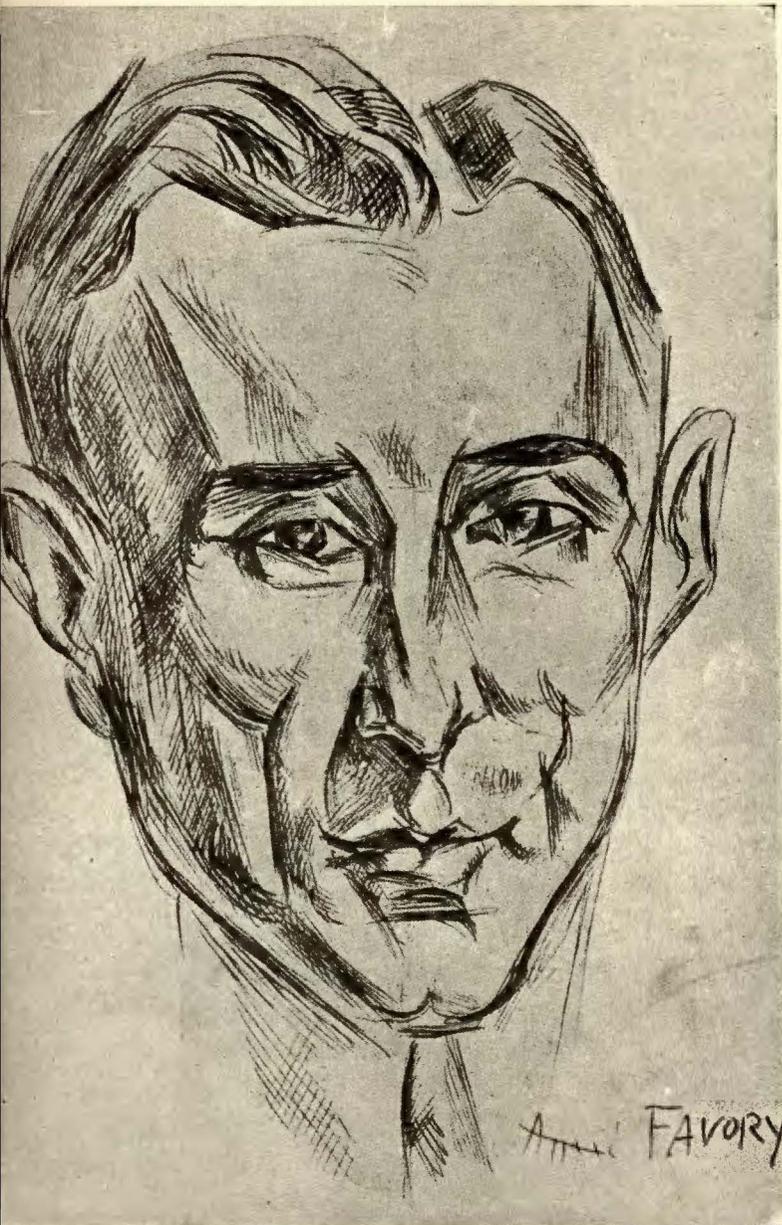
dades sinfónicas ha sido cosa posterior y menos violenta, porque ya el público de Chile (diríamos de Santiago, porque por desgracia bien poco ha podido todavía hacerse fuera de la capital) estaba familiarizado con la obra casi completa de Debussy, cuya divulgación se ha debido, lo mismo que la de Ravel, absoluta y totalmente al celo infatigable de nuestro gran director Armando Carvajal. Así el conocimiento de la «Rapsodia Espa-



Claude Achille Debussy

ñola» encontró un terreno propicio y aun frente a la divulgación de algunas partituras de Strawinsky, que muchos consideraban como cosa indiscutiblemente agresiva, las obras de Ravel parecieron inocentes y claras.

Y ya que hemos hablado del campeón de



Maurice Ravel

toda esta cruzada, bien vale que subrayemos este hecho con el homenaje que en esta oportunidad merece, porque si Debussy y Ravel han encarnado la cristalización latina del buen gusto musical, la batuta alerta y fina de nuestro director ha sido la varilla mágica que despertó la belleza de todo un mundo sonoro. Algunos críticos, de esos que se nutren de teorías y que querrían que hiciéramos, punto por punto, el camino de otros países, han reprochado a Carvajal su dedicación a las partituras contemporáneas que, según ellos, habrían debido llegar una vez que nuestro público hubiese recorrido entero, sin omitir ni las mediocridades, el siglo de atraso con que se inició a la vida sinfónica. Felizmente Carvajal era latino como sus grandes apadrinados y entendió que para que el ambiente chileno no tomara horror a la música había, precisamente, que darle lo que necesitaba, es decir, música: en su forma más pura y en su forma actual, y esta música era la que Debussy y Ravel nos acababan de entregar fresca y palpitante. Por esto es que es imposible recordar el nombre de estos compositores franceses, que son el núcleo vital de nuestra formación artística, ocurrida después de 1900, sin asociar a ellos el de su apóstol chileno, el hombre que con una inteligencia extraordinaria ha encarnado por decirlo así, el temperamento apasionado del uno y contenido del otro y ha moldeado con una rapidez asombrosa la casi totalidad de las obras de ambos compositores. Una labor sostenida con esa firmeza y con ese convencimiento nos tienen hoy en donde estamos, es decir, en presencia firme de una cultura musical ancha, que no resiste ninguna de las grandes corrientes actuales y para la cual Debussy y Ravel son héroes de primera magnitud.